

TRANSFORMACIONES DE LA DEMOCRACIA

EN el año 1920 publicó Vilfredo Pareto en la *Rivista di Milano* una serie de ensayos sobre la situación de su época, bajo el título de conjunto «Trasformazioni della Democrazia». Los ensayos se publicaron después como libro independiente. En el año 1946 ha vuelto a publicarlos Mario Missiroli, precedidos de una excelente introducción (1). De los cinco capítulos en que se divide el libro, el primero —titulado «Generalità»— es una introducción general, y el último es un apéndice que refleja los acontecimientos del segundo semestre de 1920; los otros tres, titulados «Sgretolamento della sovranità centrale», «Il ciclo plutocratico» y «Sentimenti», constituyen el verdadero núcleo de la obra.

El primer capítulo es un escueto resumen de la teoría de la ciencia según la doctrina de Pareto, y pone de manifiesto su teoría del ser y devenir sociales, siempre en conexión con su extenso *Tratato di Sociologia generale*, en dos tomos, escrito antes de la primera guerra mundial y que empezó a publicarse a partir de 1917.

Pareto mismo califica de impreciso el título de su libro, aunque no se muestre por ello demasiado preocupado. Esto responde a su desenvoltura de gran señor en cuestiones de etiqueta; también él es, como Bismarck, *facilis in verbis*. Si quisiéramos resumir la obra por su aspecto más importante el título adecuado sería «plutocracia demagógica». También rechaza una definición conceptual de la democracia; el concepto es en sí mismo impreciso, y carece de sentido querer dar a lo impreciso una forma precisa. Por eso queda también sin aclarar si la democracia en su transformación es algo continuo, o si se produce por la misma transformación, o si

(1) V. PARETO, *Trasformazioni della Democrazia*, a cura di Mario Missiroli. Guanda, Editore in Modena e in Roma, 1946.

sucumbe por ella. Efectivamente, los países más importantes para Pareto —Italia, Francia e Inglaterra— son sin duda en 1920 democracias; menos seguro resultó este principio para los países que fueron conservadores, como Alemania, Austria y Rusia. En la ciencia lógica experimental, a la que siempre vuelve a adscribirse Pareto, la experiencia es mucho más importante que el concepto. Pareto prefiere a la discusión sobre las palabras la creación de una terminología nueva. Principios generales como suelen usarse en Teología, Metafísica y Ética nada significan para él. El no habla de lo «bueno» y de lo «justo», sino sólo de lo «útil», y también únicamente en un sentido limitado y provisional: los efectos de las acciones humanas son imprevisibles y hay que limitarse a los más inmediatos. Las categorías que importan son realidad, posibilidad y probabilidad. Sin embargo, su ciencia no es puramente empírica. En todos los fenómenos hay que separar el elemento constante del elemento variable; nada es completamente nuevo ni nada se repite con completa uniformidad. Sentimientos, intereses y prejuicios deben excluirse totalmente como módulos de la ciencia; por algo son aquéllos precisamente el objeto propio de la sociología.

Sentimientos e intereses son el elemento constante del ser social. En el *Trattato* se describen y clasifican minuciosamente los sentimientos; los más importantes han recibido el nombre de «residuos», porque son los que en la investigación de los fenómenos sociales permanecen como sustancia última. Dos clases de los residuos tienen especial importancia: primero, la «persistencia de los complejos»; segundo, el «instinto de las combinaciones». Los primeros podrían caracterizarse como residuos del *enlace* natural, los segundos como residuos del *enlace* artificial. La persistencia de los complejos liga a familia, patria, nación, religión; el instinto de las combinaciones fundamenta contratos, sociedades, organizaciones; son imprescindibles para cualquier forma en política, economía, arte y ciencia, si bien también aquí acaba por ser la persistencia de los complejos lo realmente sustancial. Las restantes clases de residuos no interesan para nuestro trabajo. Pareto mismo rechazaría la diferenciación entre *enlace natural* y *enlace artificial*: la palabra «Naturaleza» pertenece a la Metafísica, y no tiene sentido científico. Esto no impide que el empleo de esta palabra no científica simplifique mucho su terminología. Los intereses pasan a segundo plano ante la importancia de los residuos; en esto

hay un progreso esencial en relación con Marx, quien comparado con Pareto queda en la superficie.

De los sentimientos e intereses surgen prejuicios y además la aspiración de justificar acciones, derivándolas de principios absolutos. La satisfacción de esta aspiración no es cuestión de la ciencia lógica experimental, la cual, al menos en su estado presente, poco desarrollado, deja muchos problemas sin respuesta. A esta satisfacción sirven, sin embargo, las «derivaciones», justificaciones pseudológicas, y además los mitos y religiones, los cuales, a diferencia de aquéllas, renuncian a la lógica, y por ello también a la pseudológica, siendo en consecuencia más sinceros y también más gratos a Pareto. Las derivaciones son materia de ciencia no por ellas mismas y de manera inmediata, pero sí en gran medida por su relación con la realidad; permiten sacar conclusiones acerca de los residuos, que sólo pueden conocerse por sus manifestaciones. Las derivaciones tampoco carecen de influjo sobre los residuos; no pueden modificarlos, pero sí conducirlos. Conceptos como «bueno» y «justo» no hacen más que mostrar un acuerdo con los residuos. Mientras las derivaciones tienen una gran significación práctica, la utilidad de la ciencia lógica experimental consiste exclusivamente en su conocimiento. El sociólogo se parece al médico, que puede conocer y pronosticar la enfermedad y su curso, pero que no puede curarla. La curación es cuestión de la práctica, a la cual la ciencia nada puede proponer; lo más podrá suministrarle algún punto de apoyo. La sociología puede describir el hundimiento de la burguesía, pero no puede detenerlo y ni siquiera exige que se intente hacer tal cosa.

La sociología no considera únicamente el ser social, sino también el devenir social. La sociedad siempre se halla en movimiento, a veces acelerado, otras más lento. Este movimiento tiene una dirección general o común, pero no discurre en línea recta, sino en variable zigzag: posee oscilación y ondulación. Del cambio constante que producen el ascenso y el descenso —en el fondo originados por las mismas causas— resultan curvas y ciclos. La interpretación de las leyes del movimiento social preserva contra estimaciones erróneas por las previas desviaciones de la trayectoria común. La meta consciente y el resultado efectivo de un movimiento son cosas a menudo totalmente distintas; a veces algunas acciones producen precisamente lo contrario de lo que pretendían los actuantes.

Los tres capítulos siguientes contienen sucesivas aproximaciones a la realidad concreta; en cada capítulo se alcanza un estrato más hondo. Estado y ley, el tema del segundo capítulo —«Sgretolamento della sovranità centrale»— son forma y superestructura de la sociedad y de la economía, cuyo «ciclo» describe el tercer capítulo; sociedad y economía tienen por su parte su verdadera sustancia en los «sentimientos» y en el espíritu de las *élites* dominantes, que describe el cuarto capítulo.

El contraste entre fuerzas centrípetas y centrífugas en una sociedad constituye el punto de partida del segundo capítulo, que es el menos claro en su construcción. El poder del Estado descansa en la preponderancia de fuerzas centrípetas. Hoy —es decir, en la Italia de 1920— predominan las fuerzas centrífugas, y la soberanía del Estado no es más que un nombre vacío. El Estado ya no cumple su misión protectora; otras fuerzas no estatales le sustituyen en este cometido incluso en contra de la voluntad del protegido, que se ve inserto en una relación de dependencia involuntaria, como, por ejemplo, el ingreso forzoso en un sindicato, contra lo cual nada puede hacer el Estado.

Considerada desde fuera, la descomposición del poder estatal es un producto de la guerra. Las derrotas fortalecen a las fuerzas centrífugas, que suelen ser protegidas por el enemigo victorioso. Las victorias fortalecen a las fuerzas centrípetas, aunque también puede producirse el fenómeno opuesto si los gobiernos han conseguido los esfuerzos del pueblo mediante grandes promesas; el pueblo ha vivido entonces moralmente por encima de sus fuerzas, y la victoria no es en realidad una victoria auténtica, hecho no raro en guerras de coalición. Las causas externas son en la mayoría de los casos ambivalentes; los ataques de los musulmanes promovieron en tiempos de Carlos Martel la creación de la hegemonía carolingia, mientras que los ataques de los normandos en tiempos de Ludovico Pío condujeron a la destrucción del Imperio de Carlomagno.

La verdadera causa de la descomposición consiste en la modificación de la persistencia de los complejos. Familia, paisaje, religión y otras fuerzas hoy más importantes se hacen más poderosas que el Estado. Este desarrollo se favorece incluso por movimientos de tipo conservador que no quieren conservar su tradición de manera activa, sino que se limitan a conservarla pasivamente. Hasta bien entrada la Edad Media ha habido familias y

castas que han impedido la constitución del Estado; su papel ha sido descrito por Pareto en el *Trattato* al ocuparse de la venganza de sangre. Tampoco le es desconocido el fenómeno del feudalismo; habla del patriotismo chauvinista de las ciudades italianas y de los pequeños Estados griegos, que sólo sirvió para favorecer el imperialismo de potencias extranjeras. También las religiones pueden originar grandes escisiones, cuando en tiempos primitivos eran las que realizaban la unidad del Estado. La patria del hombre moderno es su industria, su religión es su profesión. El feudalismo de tipo confesional es sólo romántico. La descripción de Pareto se concentra completamente en el sindicalismo industrial.

El tema central del capítulo es la comparación entre el sindicalismo moderno y el feudalismo medieval. La Historia y el presente se aclaran mutuamente; aquélla proporciona representaciones fijas; éste, que aún está en curso, sólo fenómenos. Lo fructífero de la comparación de Pareto entre sindicalismo y feudalismo consiste en la exacta diferenciación de elementos constantes y elementos variables y el exacto intercambio entre estos últimos. En el lugar de los nobles francos, que en 877 arrancaron a Carlos el Calvo los artículos de Kiersy, se hallan hoy no los terratenientes, sino los sindicatos, y en el lugar de la Iglesia se halla el Socialismo.

El derecho de huelga es la forma moderna del derecho de resistencia feudal. No es un derecho del hombre, sino un privilegio de la clase obrera. También existe hoy, es cierto, un derecho de resistencia como derecho del hombre. Pero este derecho de resistencia sólo es útil hoy a aquellos que son lo suficientemente fuertes para ejercerlo; a los débiles más bien les perjudica, ya que en procedimientos judiciales se les acusa de la obligación de resistencia. Completamente emancipado de las causas originarias de la lucha obrera contra el empresario, el derecho de huelga se ha convertido en un derecho de desafío objetivo y personal completamente ilimitado, en un derecho a la guerra privada. Los sindicatos desafían a los ministros y a los funcionarios, sin respeto a la relación de confianza existente entre éstos y el Estado; boicotean incluso al Parlamento. Conducen una guerra privada contra el radicalismo jurídico, determinan por sí mismos quién es el enemigo de la democracia y emprenden por su cuenta la declaración de *hostis*, reservada al Estado. El Gobierno no puede, como no lo pudo Carlos el Calvo, imponer la disciplina; está sujeto a alianzas que atienden a obligaciones cambiantes, y en la mayoría de los casos

contradictorias. El Parlamento sólo podrá confirmar estas alianzas. Ni siquiera un Parlamento económico, como reconoce Pareto, podría modificar la faz de este asunto; expresaría las relaciones de fuerzas existentes, pero no representaría el conjunto. En fábricas y en ferrocarriles los huelguistas pretenden poseer una inmunidad medieval, ya que impiden violentamente al legítimo propietario y al representante del Estado la intervención y utilización (2). El derechohabiente no puede contar con la protección de la policía. El Estado ya no puede proteger la ley, sino sólo la extralimitación de la misma. Sanciona una situación creada por la fuerza, sin tener en cuenta la juridicidad, para evitar algo peor; es decir, la guerra civil. Pareto ilustra este desarrollo con una serie de ejemplos, sobre todo tomados de la ocupación de las fábricas de los hermanos Mazzone en diversos puntos del Piamonte. La disolución del Estado se conoce por una observación de Hegel, cuyo texto sobre la Constitución de Alemania no fué desgraciadamente conocido por Pareto; la observación de Hegel afirma que la disolución de un Estado se produce cuando *todo marcha en sentido opuesto a las leyes*. Con más claridad que antes reconoce Pareto ahora que un pueblo civilizado no puede existir sin leyes.

Sin tener en cuenta los principios de su ciencia lógica experimental, que le obliga a renunciar a los sentimientos, Pareto se revuelve contra la falta de legalidad. En su explicación se insinúa la llamada a las fuerzas contrarias; la reacción ya se anuncia en él. No se podrá detener, como se dice en una de las partes más vigorosas, «por melifluas palabras, por dulzonas y adornadas prédicas de aquellos puercos que se apoyan consciente o inconscientemente en Tolstoi, y que exhortan a la gente a no oponerse al "tiempo nuevo", a resignarse a lo inevitable, a creer en el Evangelio del divino proletariado, de los sacrosantos productores; a evolucionar para no perecer, lo que es en realidad un suicidio por miedo a la muerte que amenaza. Esto puede causar impresión en la cobarde y necia burguesía, degenerada como todas las élites en

(2) Según noticias periodísticas, durante una huelga en una fábrica de automóviles de Hesse, en el año 1951, los huelguistas y el llamado Buceras y «cerdas», habían agredido a secretarías de la dirección que no querían participar en la huelga y pretendían dirigirse al lugar de trabajo. Después declararon los huelguistas que habían sido agredidos por las mujeres. En esto se ve qué desarrollos tan interesantes se operan en el concepto de «agresor» en la democracia.

decadencia; pero no tendrá efecto alguno sobre los hombres de una nueva élite» (3).

Entre los puercos, según una observación de la obra anterior sobre los *Systèmes socialistes*, van implícitos los socialistas cristianos, los cuales para aprovecharse de las ventajas del Demos se disfrazan de socialistas y no se avergüenzan de presentar a Cristo como humilde precursor de los caudillos socialistas a los que ellos echan incienso (4).

Es posible que el propio sindicalismo, cuando obtenga el Poder y lo ejerza con responsabilidad, llegue a crear el orden nuevo. Es también posible que al Estado le brote nueva fuerza. Para ello habría que contar, sin embargo, con una nueva religión o un nuevo mito. La nueva «teología» sólo se reconoce en dos grupos: en los nacionalistas y en los marxistas clásicos. Pero aquéllos están debilitados por las decepciones de la guerra y éstos están ligados por los compromisos con las democracias, y ambos sólo serán capaces de actuar después de una nueva formación. Antes el poder real, apoyado en la Iglesia católica, había conseguido ahuyentar las fuerzas centrífugas. Hoy en el puesto del cristianismo opera una ideología humanitaria. En todo caso hay que tener en cuenta que en la producción no está sólo implicado el obrero manual y que el intelectual es cada vez más raro, y por ello más apreciado, como los libros sibilínicos, cuyo precio aumentaba después de ser quemada una parte de ellos.

Después de la explicación del orden de la obra la exposición se vuelve hacia el tema de sociedad y economía. La sociedad actual es, según la fórmula mencionada al principio, una plutocracia demagógica. ¿Qué significa esta fórmula?

(3) El texto dice al pie de la letra en la edición Missiroli (pág. 73 s.): «Nè li tratteranno molto le melate parole, le sdolcinate e leziose prediche di quei brodoloni che, consapevolmente od inconsapevolmente avvicinandosi alle teorie Telstoiane, vanno esortando la gente a non contrastare coi "tempi nuovi", a rassegnarsi all'inevitabile, a credere nel "divino proletariato", dei "sacrosanti lavoratori", a "trasformarsi per non essere distrutti": il che è propriamente un darsi morte per scansarla di averla da altri. Tutto ciò può avere qualche effetto su una borghesia imbelle, imbecille, degenerare al pari di tutte le "élites" in decadenza, ma farà poco pro cogli uomini della nuova "élite".» Ya hablaremos más adelante de la alusión a Lenin que sigue a este texto.

(4) Cfr. O. WEINBERGER, *Z. f. d. ges. Staatsw.*, tomo 106 (1950), pág. 469.

La respuesta de Pareto es más descripción que definición de conceptos. Las sociedades modernas son heterogéneas. No poseen una *élite*, sino dos, la plutocracia y la demagogia. En algunas partes sólo se califica de *élite* a la primera; ésta posee el poder legal, la segunda posee el poder efectivo. Pareto no distingue de manera ostensible entre democracia y demagogia. La ciencia lógica experimental no necesita ya considerar un pueblo como unidad jurídicamente ordenada, y dentro de su orden, capaz de acción, como en la Constitución romana, con sus comicios, tribunos y el minuciosamente regulado *jus agendi cum populo*. Sólo ve demagogos y la dependencia de ellos.

La riqueza como capital de ahorro y de producción ha aumentado, pero sigue estando ahora como antes mal repartida. En una parte se halla la capa de los propietarios, entre los cuales surgen los especuladores. Se distinguen por una preponderancia del instinto de las combinaciones y constituyen una de las dos *élites* dominantes. En otra parte se halla la capa de los no propietarios, entre los cuales sólo cuentan los obreros manuales, calificados sólo como obreros y que sirven de apoyo a los demagogos, que constituyen la segunda *élite*. La relación entre ambas *élites* es compleja; es a la vez alianza y oposición. No existe siempre la simple y clara distinción entre amigo y enemigo; el creer tal cosa sería un romanticismo efectivo en el marco de una doctrina completamente antirromántica. Existen múltiples escalas de transición, y sobre todo un *status mixtus*. Carlos Schmitt compara en una ocasión la relación del cazador de ballenas Ahab en *Moby Dick* con la ballena por él perseguida como una relación íntimamente amistosa-hostil (5). Pareto recurre para la relación entre plutocracia y demagogia a otra imagen: la relación entre el encantador de serpientes y la serpiente. Las comparaciones con animales pueden sorprender en una ciencia lógica experimental, pero en la literatura política son harto frecuentes. El animal aparece no sólo como portador de las fuerzas infrahumanas, sino también de las sobrehumanas. Para Pareto es superior al hombre: *la biscia ha addentato il ciarlatano* (*Obras*, pág. 97).

La amistad con el enemigo no sólo significa en este caso el

(5) Cfr. *Land und Meer*, Leipzig, 1944, pág. 22. Hay versión española de Fernández Quintanilla, *Tierra y mar*, Instituto de Estudios Políticos, col. «Civitas», Madrid, 1952.

reconocimiento de un hecho conocido, o sea que es el enemigo quien en cierto modo garantiza nuestra existencia moral. Plutocracia y demagogia están más bien unidas por el contraste con dos otras clases que tienen que pagar el precio de sus privilegios. Son la de los propietarios que no especulan y la clase militar. La primera de estas dos clases no puede calificarse sino negativamente. En la *Sociología* habla Pareto de los rentistas como de lo opuesto a los especuladores, pero ahora más bien de los ahorrativos. Estos conceptos son demasiado estrechos; aciertan en el contraste externo, pero no lo agotan totalmente. Podría hablarse quizá de la propiedad conservadora, sólida, tradicional. La burguesía no es una unidad originaria. Pero después de haber sido prescrita por el marxismo como unidad se le plantea el problema de si debe considerarse a sí misma como unidad. Se puede, por tanto, pretender convencer al marxista hasta el momento de la liquidación de que no se es burgués, pero también puede adoptarse la actitud contraria, o sea oponer al enemigo un enemigo. Cualquiera puede ponerse de vez en cuando la pregunta de si es o no un burgués. Ya esta duda en sí ha de convertirle a los ojos del marxista en burgués. Desde 1945 se plantea la cuestión preferentemente en el terreno del fascismo o del antifascismo. Fascista es aquel que no es antifascista. Surgen fascistas de nuevo tipo (6). Cuando Pareto objeta a la burguesía su falta de solidaridad, se justifica el reproche por el hecho de que a la vista de la carencia de unidad los que son atacados en común también deberían defenderse en común.

El parlamentarismo moderno es la expresión del dominio de la plutocracia demagógica. La ampliación del derecho al sufragio hasta las clases inferiores no es un mero triunfo de los demagogos, sino también de los especuladores. En elecciones y negociaciones junto al número de la masa cuenta también la listeza zorruna del especulador, mientras la propiedad tradicional y la clase militar no pueden operar con la misma fuerza. La fuerza y el consenso son los dos medios capitales para el ejercicio del Poder. Pareto no acentúa aquí tanto el punto de vista de que en cada poder concreto son operantes en algún modo ambos elementos, sino señala

(6) Sobre la técnica de la aplicación de los conceptos «fascismo» y «antifascismo» cfr. el libro de ASSI HAHN, *Ich spreche die Wahrheit. Sieben Jahre Kriegsgefangen in Russland*, Esslingen, 1951.

sobre todo el contraste de distintas capacidades y costumbres. La propiedad tradicional y la clase militar se sirven preferentemente de la fuerza. En la plutocracia demagógica predomina el consenso. Cuando no existe comunidad de intereses y sentimientos se crea artificiosamente y se finge por engaño. La autenticidad del consenso no es lesionada sólo en los casos en que se obtiene por coacción externa.

La explicación se dedica después a la clasificación general de las *élites* dominantes según su fundamento económico. La propiedad territorial se opone al comercio, a la industria, a distintas formas de empresas públicas y a la especulación. Se trata en el fondo de diferenciar entre riqueza natural y riqueza artificial, que coincide con la diferenciación de las dos clases capitales de los residuos. Lo mismo que la persistencia de los complejos, también pueden existir por sí solas la propiedad territorial y la fuerza fundada en ella. En cambio, la plutocracia no terrateniente carece de sustancia propia; no es autárquica, y necesita de una alianza, bien con la demagogia o bien con la clase militar, de donde resulta o una plutocracia demagógica o una plutocracia militar. Pareto rastrea esta diferenciación a través de la Historia. Y además se produce aún la forma estatal de la burocracia militar del bajo Imperio romano, una corrupción de la plutocracia militar. En total resultan cinco elementos distintos de dominio: propiedad territorial, empresa, ejército, demagogia y administración. A ellos corresponden cuatro clases de aristocracia: nobleza de sangre, nobleza de empresarios, nobleza castrense y nobleza de administración; suscita dudas hablar de la nobleza de demagogos, aunque existe sin discusión la clase de la oligarquía de los demagogos.

En la segunda guerra mundial hubiera visto Pareto, prescindiendo de las declamaciones sobre derecho y justicia y sobre barbarie, la lucha entre las plutocracias demagógicas y las plutocracias militares. Causó perjuicio a todos los participantes, aparte de América, el hecho de que fué conducida por las mismas potencias occidentales como guerra de aniquilamiento, y el que tampoco las potencias centrales se esforzaron por buscar un final oportuno. Lo que otros no reconocieron antes del fin de la segunda guerra mundial ya lo había hecho constar Pareto poco después de la primera. Los plutócratas occidentales, y hasta los mismos conservadores, ignoraron la gran utilidad de los militarismos alemán y ruso como el contrapeso necesario frente a la demagogia. Y ahora están com-

pletamente entregados al rival demagógico. La lucha contra el bolchevismo ya fué tardía en el año 1920; sus partidarios en los países occidentales eran ya demasiado fuertes. La plutocracia se ha convertido en víctima de sus propias derivaciones. Ha hecho promesas incumplidas al pueblo. Preconiza la lucha contra el lujo, aunque éste sólo puede desplazarse y aunque el reparto de la riqueza entre la masa carece de utilidad. Intenta remediar los daños de guerra mediante la elevación de salarios y la disminución de la jornada laboral, y encuentra quien le dé crédito; la raza de los micos es inmortal (7). La plutocracia inglesa, que saquea a medio mundo, aún puede sostenerse; en los otros países, en cambio, la situación es mucho más seria. Sin embargo, la plutocracia es astuta y sabe sacar ventaja de las situaciones angustiosas. Lo que pierde por un retroceso lo recobra por astucia; lo que paga a los demagogos lo vuelve a percibir de los rentistas y contribuyentes. Entre sus golpes maestros están la elevación de las contribuciones y de las exacciones, que aniquilan solamente a la riqueza no especuladora y la propiedad «legal»; elevación de la deuda pública, que de ser posible sólo se paga en dinero sin valor; precios políticos y arriendos y prebendas para su propia clientela. Y a pesar de ello las circunstancias se parecen mucho a las del final de la República romana.

El cuarto capítulo penetra en la verdadera sustancia, en el espíritu, aunque Pareto, con su terminología vitalista psicológica, casi no habla de espíritu, como tampoco lo hace de la Naturaleza. El espíritu de las *élites* dominantes hay que deducirlo de sus manifestaciones. Sus formas respectivas son distintas; a menudo predominan las facetas pseudológicas, metafísicas o religiosas. Pero lo que para la ciencia lógica experimental puede ser absurdo es para la vida práctica extraordinariamente útil. La fe simplifica todas las cuestiones con las que lucha inútilmente la ciencia; proporciona gran seguridad en el juicio y concede a sus fieles el privilegio de monopolizar para sí conceptos decisivos como derecho y justicia (8). A los partidarios del Islam les ha otorgado Dios gran-

(7) Ob. cit., pág. 97, nota 1.

(8) Experimentamos hoy esta monopolización con los conceptos de «paz» y «paz justa». En su alocución de Noche Vieja (31-XII-1951) «¿Qué debemos hacer?» salió al paso de todo ello el obispo doctor Lilje, con excelentes observaciones.

des territorios para la expansión de su fe auténtica. La democracia justifica su pretensión de hegemonía universal por la marcha fatalista de la Historia.

En una medida mucho más fuerte se apoya el marxismo, derivado de ella, en la filosofía de la Historia; crea, con su propia fe, la fuerza para anatemizar la inteligencia, a la manera de lo que hacían los antiguos cristianos con la ciencia pagana. Puede agregarse que el anatema ha sido sustituido por un monopolio, en el sentido de que sólo hay intelectuales de izquierda, pero no de derechas. La enumeración de Pareto concluye con el pacifismo humanitario, con sus múltiples y desgraciados proyectos de una paz perpetua, cuyos resultados pueden admirarse a través de la Sociedad de Naciones. Pero todas sus observaciones irónicas no suponen ni elogio ni censura, según su expresa afirmación.

Entre los creyentes de las religiones se encuentran muy diversas especies: su fe es auténtica e inflamada o mezclada con ligero escepticismo, o una ficción a medias y finalmente también absoluta hipocresía. Sin embargo, no se debe deducir por la existencia de un gran número de hipócritas la debilidad de una creencia. También Pareto considera como argumento favorable a la Iglesia católica el hecho de que no le afecte la corrupción de algunos prelados romanos. Los hipócritas y los herejes sólo florecen en el terreno de la fe auténtica. En cambio, la concepción del mundo de la aristocracia está tan pasada de moda que no dispone ni de un solo hipócrita. Después de la aparición de un Nietzsche, al que Pareto no presta la debida atención; de un Spengler o de un Ernst Jünger y del dandismo literario, esto ya no puede admitirse sin reservas.

Por lo que se refiere a los sentimientos de los obreros, o mejor dicho de los proletarios, impera en ellos el odio contra la propiedad y la cultura. Aumenta sin cesar en intensidad y alcanza su punto álgido en el bolchevismo, aunque también es considerable en otras manifestaciones. Contra lo que podría suponerse, los propietarios no responden con odio, sino con adulación, como se practica en la corte de un rey. De esta suerte los dos frentes poseen un aspecto muy distinto: de una parte, redobles de tambor y ataques; de otra, reverencias y capitulaciones y buen número de delatores y traidores. Los obreros tienen conciencia de clase y son progresivos, de acuerdo con la terminología al uso; también la clase superior es progresiva, sólo que a la inversa: se ha envi-

lecido de tal manera que para no provocar al enemigo tolera cualquier insulto, besa la mano de sus ofensores y deja plantados a sus partidarios. La política del «mal menor» estimula a los enemigos a nuevos retos, los cuales, aun en caso de fallar, carecen de riesgo; puede recordarse a este propósito la cuestión del cruce del paralelo 38 y de los bombardeos al otro lado del Yalu; la plutocracia teme su propia bomba atómica más que los enemigos. Se está perdiendo la voluntad de defender la persona y la propiedad. La propiedad se convierte de un derecho que era en una obligación social; el trabajo se convierte de una obligación en un derecho, lo que, según Pareto, significa el derecho a un trabajo superfluo y aparente.

Pareto contrasta el espíritu de la clase superior con un texto de la *Política* de Aristóteles. En algunas ciudades griegas los oligarcas prestaban el siguiente juramento: «Quiero ser enemigo del pueblo y perjudicarle cuanto pueda» (9). Este juramento es incomprendible si se refiere a la nación, pero referido a los demagogos es más lógico. Pareto lo aprueba por lo que tiene de valor para conocer al enemigo, lo cual encierra a la vez valor para el conocimiento de sí mismo. Puede señalarse que el juramento pertenece a las fórmulas importantes de las élites políticas. No es el contrato, sino el juramento, el acuerdo de fidelidad, los que aparecen en los inicios de las comunidades humanas. El matrimonio es revocable en cuanto contrato, pero como juramento es indisoluble. El Estado nace de una cofradía de juramentados. La Iglesia se erige sobre un sacramento y ella misma es un sacramento, lo que observó certeramente Rudolf Sohm, deduciendo de ello que Iglesia y Derecho canónico eran dos entidades irreconciliables, cuando es todo lo contrario. El cristiano jura fidelidad a Dios y reniega del demonio y de su pompa. En el *Ludus de Antichristo* canta la sinagoga: *Jesum sicut filios Ismael te jubeo detestari*. Los caballeros españoles de la Reconquista juraron guerrear día y noche contra los moros. El juramento de los turcos decía: «Muerte a todos los perros cristianos.» El juramento de los antifascistas dice: «Muerte al fascismo.» El estado de la sociedad se conoce en el hecho de cómo se prestan, mantienen, rompen u olvidan los juramentos. El matrimonio por juramento ya se ha olvidado hoy

(9) *Política*, V, 9, 13 10 a.

en día en absoluto. Shakespeare hablaba de juramentos de jugadores; Pareto hablaría de juramentos de especuladores.

En otros tiempos la nobleza y el clero se defendían contra la igualdad de derechos para el tercer estado. Hoy los obreros rechazan ya despectivamente la comparación con el capitalista. La antigua libertad consistía en que los impuestos eran aprobados por los mismos que los tenían que pagar; la libertad democrática consiste en que los impuestos los aprueban los que no los pagan. Esta observación, que repite Pareto a menudo, parece contradecir a otra, según la cual los impuestos gravitaban antes sobre las clases bajas, mientras hoy gravitan sobre la clase superior. Parece desde luego más justo que paguen los que pueden pagar. Sin embargo, hay que observar que los fuertes tienen por lo regular la tendencia a descargar su carga sobre los débiles y que siempre son los fuertes los que aprueban y los débiles los que pagan. La cuestión está en determinar quiénes son los fuertes y quiénes los débiles. Hoy en día los fuertes pueden pasarse sin riqueza y sin la responsabilidad que aquélla implica. Es cierto que el pobre sangra siempre; sin embargo, los demagogos multiplican el número de las sanguijuelas.

Los propietarios toleran el saqueo sin agruparse para oponer resistencia; procuran evitar individualmente los inconvenientes o echárselos sobre las espaldas a otros; la consecuencia, su división y ulterior debilitación. Los Gobiernos reaccionan ante la más ligera resistencia. Sin embargo, las consecuencias de la falta de oposición son desventajosas. La facilidad de la adquisición de dinero conduce a una insana economía de gastos, con sus características muchas veces señaladas por Pareto: pago de subsidios y subvenciones de toda índole, precios políticos, sostenimiento de funcionarios inútiles, apariencia y ociosidad, consentimiento e indisciplina, elevación del nivel de consumo frente a producción descendente, lujo de los nuevos ricos y especuladores. El Estado es, según nos ha dicho Marx, el instrumento de la clase dominante. La clase dominante no es, ha dicho Pareto, un grupo de capitalistas representantes del mal, sino un grupo de especuladores y demagogos. El poder del Estado aparece a veces como fuerte, pero sólo está artificialmente inflado; el despotismo estatal es el despotismo de la debilidad, exánime frente a los fuertes, pero que afecta a los débiles con redoblado furor. En el *Trattato* dice Pareto en un punto muy importante que en lugar de los leones

dominan los zorros. Si prefiere a los leones tan abiertamente es porque sólo ellos y no los zorros pueden someter a los fuertes y proteger a los débiles.

El resultado es la supremacía del elemento democrático sobre el elemento plutocrático de la demagogia plutocrática. En los socialistas se encuentran unidad, fidelidad, valor, renuncia, espíritu sano, tenacidad y rectitud, una fuerza surgida de la persistencia de los complejos, mucho más eficaz en tiempos de inquietud que la astucia zorruna. Entre tanto puede suceder que la astucia zorruna no sea del todo irreconciliable con aquellas bellas cualidades y que la mera astucia de los políticos occidentales, que prescindan de esas cualidades, no pueda competir con el enemigo oriental ni siquiera en el campo de la misma astucia.

Pareto examina si el triunfo definitivo del socialismo conduciría a la elevación del bienestar. Es cierto que hasta ahora la fuerza del proletariado sólo ha aspirado a conseguir mejora de jornales y un aumento del tiempo libre; pero la repulsa no afecta a la producción como tal, sino sólo a la producción para el contrario plutócrata. En cambio, no se dan cuenta los propietarios de que las sumas que pagan al Estado van a manos realmente de sus enemigos. La superioridad del socialismo se evidencia también en que no rechaza plenamente al bolchevismo, con el cual tiene algunos puntos comunes, mientras las plutocracias condenan el militarismo cuando lo único que pueden esperar de él es ayuda. El terror de los plutócratas hacia el militarismo es ridículo; no tienen más posibilidad que optar entre la guerra civil o el poder de las legiones. También esta observación sigue poseyendo aún hoy su actualidad.

El apéndice ofrece los ensayos publicados en los meses de mayo y junio de 1920, puestos al día a fines del año. En septiembre los disturbios —muy semejantes a una guerra civil— alcanzaron su punto culminante al ocupar los sindicalistas en huelga algunas fábricas del Norte de Italia. También fincas rurales o urbanas y barcos fueron objeto de ocupación ilegal. Actos de verdadera piratería por parte de los obreros portuarios quedaron impunes ante la amenaza de huelga. La violencia llegó a manifestarse incluso en asesinatos. Pareto describe minuciosamente dos de estos asesinatos. En uno de los casos un celador de prisiones fué arrasado desde un puesto de huelga a la fábrica y juzgado por un tribunal improvisado, del que formaban parte también mujeres

y niñas, siendo condenado a ser quemado vivo en un horno. Las crueldades las calificó el órgano socialista *Avanti* como expresión del instinto de autoconservación del proletariado amargado, mientras los plutócratas procuraban mantener la ficción de un desarrollo completamente pacífico de los hechos.

Los acontecimientos ponen un epílogo sangriento a los comentarios de Pareto, confirmados por aquéllos en todos sus puntos. El tono distinto del apéndice responde al desarrollo catastrófico de los hechos. Dentro de la ironía y de la cáustica, y junto a ellas, se acentúa más aún el tono de la indignación. El precursor de la ciencia lógica experimental califica abiertamente de asesino al asesino; incluso la palabra verdugo le parecía un eufemismo (10). El teórico de la violencia no se muestra de acuerdo en modo alguno con su aplicación terrorista. Después de que hasta ahora sólo se ha hablado de derecho y de justicia entre comillas, se manifiesta aquí un poderoso sentimiento de justicia.

No hay ningún problema acerca del uso de la fuerza; cada uno la necesita y la aplica según puede, pero sobre todo el Estado no puede renunciar a ella. La debilidad del poder legal tiene su reverso en la actividad violenta de sus enemigos, quienes por cobardía de los que les deberían hacer frente salen fortalecidos. El único grupo, excepto los socialistas, que tiene valor es el de los nacionalistas, los cuales cuentan, sin embargo, con escasos partidarios.

Por la supresión de la pena de muerte el Estado de derecho se ha rendido a la violencia. Giolitti ha expresado claramente este punto de vista. Cuando un tribunal no puede ni siquiera pensar en la pena de muerte no se puede pretender en modo alguno que el Estado, por aplicación del poder, llegue por otra vía a la eliminación de los hombres. Además el enjuiciamiento de todos los delitos producidos durante inquietudes sociales se hace imposible por el gran número de los participantes, y así resulta que la amnistía, que en varios Estados es mucho más corriente que el cumplimiento de la ley de la sentencia, es una insoslayable necesidad. La supresión de la pena de muerte lesiona —según el *Trattato*— a muchos residuos. Resta numerosos partidarios a las élites nuevas y revolucionarias, que no pueden contemplar impasibles los crímenes crueles que quedan así impunes. El *jus vitae ac necis* no pue-

(10) Ob. cit., pág. 140.

de quedarse sin dueño. Cambia de manos, y pasa precisamente a las del asesino. Si se hace imposible la ejecución de culpables resulta posible la ejecución de inocentes; ya no representa una medida para la justicia.

Más que nunca se plantea ahora el problema de si la salida probable será la continuación del ciclo plutocrático o si se producirá la catástrofe y con ella el comienzo de un ciclo nuevo. Las graves pérdidas en sustancia conservadora nos acercan más a la segunda solución. Esto vale menos para Inglaterra y Francia, que explotan aún vastos territorios en Asia y Africa, que para Italia, la cual no dispone de semejantes ayudas. En esta relación se encuentra también la posibilidad del conflicto entre potencias coloniales y no coloniales.

No es apenas posible ni siquiera tampoco necesario sustraerse a la fuerte impresión que se deriva del ensayo de Pareto. Junto a la admiración que produce es difícil hacer una crítica. Ciertamente hay algunas flaquezas. La terminología padece por haber renunciado a conceptos tradicionales (debido a la teoría de la ciencia), conceptos que no pueden ser extirpados precisamente por ser imprescindibles. Sin duda que los conceptos más importantes están expuestos a la deformación por el abuso; pero esto no debe impedir usar de palabras como *naturaleza* y de sus derivados —a los que pertenece *derecho natural*— en el momento en que sea necesario. Pareto no quiere hablar de lo *bueno* y de lo *malo*. Sin embargo, habla de lo *útil* cuando se refiere al momento de lo *bueno* (aunque sin su definitiva ultimidad), y sobre todo habla de *necesidad* y de *cobardía* cuando su idea contiene el momento de lo *malo*. En realidad Pareto rechaza sólo la palabrería abstracta y desfigurada sobre lo bueno y lo malo. Si en consecuencia falta una última precisión terminológica, aquélla no merma la precisión de la observación concreta.

También la polémica sobre la teoría de la ciencia resulta secundaria a la vista de los resultados fructíferos de Pareto. Es verdad que estos resultados no los obtiene sólo por la teoría de la ciencia, sino por haberla superado felizmente en varios puntos. Habrá pocos pensadores en quienes una parte de su teoría esté en tan violenta contradicción con su temperamento, como sucede con Pareto y su teoría de la ciencia. Uno llega a suponer que se ha impuesto a sí propio esta teoría de la ciencia para frenar su temperamento. En realidad las opiniones más profundas no son.

asequibles sin la correspondiente fuerza de los afectos. Sólo ellos producen la tensión necesaria tanto para la investigación como para la exposición. De ahí también que Pareto suministre a la práctica, aunque no le quiera hacer concesiones o darle orientaciones, muy firmes impulsos. Además una ciencia del hombre que prescindiera de toda práctica no sería nunca satisfactoria. El hombre no es, al menos como lo considera la ciencia lógica experimental, objeto de pura contemplación. Una cierta separación de la práctica resulta indudablemente de la contraposición de la teoría y la práctica; a ello hay que añadir la falta de salida para la situación de Italia en 1920.

Las grandes agrupaciones políticas las ha descrito Pareto certeramente, y no sólo para su época; el esquema de su exposición es aún hoy utilizable; muchos fenómenos posteriores pueden agregarse a ese esquema sin dificultad. A veces se tiene la impresión de que en la situación no se ha modificado apenas nada. Hay si se prescinde de los «populares», a los que Pareto sólo alude de pasada, antes como ahora, cuatro elementos básicos en las agrupaciones políticas: plutocracia, demagogia social, bolchevismo y conservadurismo nacional. La plutocracia se desestima a causa de su necedad y cobardía, juzgándose con desprecio. Pero también la demagogia social, a la que Pareto presta por su indudable *virtù* mucha más atención, sucumbe al fin bajo el veredicto: el terror de 1920 tropieza con indignada repulsa, y así también este grupo queda liquidado.

Es importante para captar el juicio de Pareto sobre el terror la observación que dirige a Clemenceau: no se puede aprobar por una parte la Revolución francesa, a pesar de su terror, y rechazar por otra la Revolución bolchevique a causa de su terror. O bien se rechaza el terror en sí mismo o hay que aceptar toda revolución como un proceso de conjunto. El resultado puede ser entonces también diferente. Pueden distinguirse en total cuatro clases de terror. El primer terror es el terror curativo, sin el cual es imposible cualquier renovación política; los miembros enfermos, como dice Hegel, no pueden curarse con agua de Colonia. Naturalmente la aprobación de este terror depende de la aprobación de la idea en cuyo nombre se realiza: a cada cual le parece su propio terror como curativo. El segundo terror es aquel que aunque reprobable puede disculparse, y que consiste en involucrarlo en otra acción política más importante como fenómeno concomitante

irremediable; ningún rey, por muy inmaculado que sea, puede dirimir su cuestión dinástica con soldados completamente inmaculados. El tercer terror es criminal, aunque no necesita privar totalmente a un régimen de su legitimidad ni tampoco convertirlo en tiranía; como ejemplo puede servir el emperador Diocleciano, que persiguió a los cristianos, pero que por lo demás fué gobernante victorioso y eficaz. El cuarto terror es el sacrílego, que nace de una concepción del mundo totalmente perversa; este terror no conoce límites, ni *mala in se*, ni *scelus infandum*.

Estas diferenciaciones, que sobrepasan los límites de la ciencia lógica experimental, suministran una escala para el enjuiciamiento de los terrores fascista, nacionalsocialista y bolchevique. Por lo que se refiere al bolchevismo Pareto puso sus esperanzas en Lenin. Estas esperanzas, que tienen como contrapartida la disconformidad inequívoca de ciertas ideas bolcheviques, no se han cumplido. El juicio definitivo sobre el bolchevismo se puede deducir con absoluta seguridad del juicio de Pareto sobre el terror de 1920. Como última agrupación quedan las fuerzas nacionales y conservadoras, que Pareto menciona en diversos lugares con respeto. Después la reforma necesaria en Italia, preconizada por él, esas fuerzas tomaron el Poder, y después de este hecho fueron recibidas con alegría por Pareto. Se plantea la duda de si Pareto hubiese mantenido su opinión para toda la duración del régimen fascista. Sin duda no todas las medidas y los puntos de vista del fascismo responden a las opiniones de Pareto (11). Sin embargo, no se justifica la conclusión de que más tarde hubiese rechazado el fascismo. Igual que no hay ningún hombre cuyas acciones sean aprobadas íntegramente por otro hombre, no hay tampoco ningún régimen semejante. Incluso una comunidad humana tan pequeña e inapreciable como el matrimonio se plantea a menudo a sus miembros alguna difícil discrepancia. Esta situación tampoco se le hubiese escapado a Pareto. O sea que Pareto tampoco es discutible por sus relaciones con el fascismo. En nada se modifica esto por la derrota final del fascismo. Por el derrumbamiento de un régimen no se puede establecer su carácter criminal, aunque se suele sacar esta

(11) Cfr. E. v. BECKERATH, *Wesen und Werden des fascistischen Staates*, Berlín, 1927, pág. 43, nota 3.

consecuencia desde los tiempos del Padre de la Iglesia Lactancio, quien dedujo de las circunstancias de la muerte del emperador Galerio la motivación para las persecuciones de cristianos decretadas por Diocleciano. Pero aunque la minoría rectora del fascismo hubiese sido en su totalidad criminal siempre habría que distinguir entre ella y la idea fascista. *Altro è la fede, altro sono i sacerdoti* (12). Entre las crueldades del marxismo y la teoría marxista hay una relación; no hay ningún principio reconocido por el marxismo que se hubiese opuesto al terror de 1945; el marxismo es un evangelio del odio. No se puede decir lo propio del fascismo; sus crueldades no se pueden comparar con las del marxismo. No hay alternativa: si se acepta la hostilidad a la plutocracia, a la socialdemagogía y al bolchevismo, no queda más posibilidad que la nacionalconservadora. En relación con esto podría pensarse quizá en el cristianismo. Pero esta posibilidad sería hoy demasiado compleja.

Aún queremos tocar brevemente la relación de Pareto con el cristianismo. Nos hallamos ante un agudo contraste con Marx. Pareto califica el cristianismo, y precisamente el cristianismo católico, de doctrina e institución de la mayor utilidad social. Este es el mayor elogio que puede esperarse de la sociología. La burla con que salpica Pareto todas las metafísicas no se hace extensiva al cristianismo. Para Marx es el cristianismo una doctrina y una institución extremadamente perniciosas. No puede haber duda alguna de que el marxismo es hoy el verdadero enemigo del cristianismo. Yo no sé si Marx es el Anticristo ni estoy preparado para responder a esta cuestión. Los teólogos nos darán a su debido tiempo la respuesta sobre quién sea el Anticristo. Pero estoy convencido de que Marx tiene una terrible semejanza con el Anticristo. Este parecido es en él mucho más fuerte que en todos los papas, reformadores, herejes y ateos con los que hasta ahora se ha comparado al Anticristo. Si a los evangelistas se les atribuye un símbolo animal, como el león, el toro o el águila, un símbolo equivalente para Marx sólo podría encontrarse en el Apocalipsis. Todo aquel que no haya perdido el sentido para el espíritu de la letra recibirá al leer a Marx la impresión de una sustancia sumamente

(12) *Ob. cit.*, pág. 83.

venenosa. La sociología de Pareto es hoy la única que puede tomarse en cuenta junto a la de Marx. Además Pareto supera a Marx en realismo y en auténtico saber en una dimensión. Así como en otra época utilizó Santo Tomás a Aristóteles en su polémica con el averroísmo así hay que servirse hoy de Pareto, de su realismo y de su saber, en la lucha contra el marxismo. Sin armas modernas no se puede afrontar esta batalla.

GÜNTHER KRAUS

